
LOS HIJOS DEL DIVORCIO

Gregorio Escalante

Empeñarse en la crianza de los hijos o insistir en lograr que un matrimonio dure toda una vida realmente representa para ambos cónyuges una serie de sacrificios que no han sido del todo explicitados en ninguna de las teorías existentes sobre la unión conyugal y que tampoco pueden justificarse totalmente sobre la base del amor o del deber. La verdad es que en cualquier familia los mejores beneficios no son recibidos por quienes asumen las mayores obligaciones sino que generalmente redundan en provecho de las generaciones venideras. Y muchos de los problemas regulares de la familia actual (autoritarismo de los padres, alienación de los hijos, divorcios, etc.) surgen precisamente porque las obligaciones de la vida familiar superan con creces lo que había sido previsto en el momento de la unión.

Conforme con la literatura especializada (Bernard, 1972; Weiss, 1975, 1976) la rotura del vínculo matrimonial suele ser un antecedente poderoso de estrés severo conducente a una gran variedad de trastornos físicos y emocionales en los hijos. De hecho, las personas separadas o divorciadas suelen estar representadas en exceso en la consulta psiquiátrica. Los porcentajes de admisión a instituciones psiquiátricas para adultos casados son muy bajos y muy altos para adultos separados o divorciados, independientemente de la edad, el sexo o la raza (Crago, 1972). Cuando se trata de interpretar este tipo de hallazgos, una de las explicaciones que suele adelantarse es que precisamente la enfermedad psiquiátrica es una causa importante de los desajustes maritales que terminan conduciendo al divorcio o a la separación*.

La rotura del vínculo matrimonial y los desórdenes emocionales y físicos que suelen acompañarla, constituyen un proceso interactivo dentro del cual lo uno puede influenciar lo otro, entendiendo que, en ciertos casos, el divorcio puede ser la solución más adecuada para situaciones particularmente estresantes, y en otros, puede ser el estresante primario que conduce a otra clase de desórdenes. El proceso, globalmente considerado, incluye dos componentes interdependientes adicionales: la enfermedad física o emocional previa puede ser el antecedente precipitador de la rotura del vínculo, y la rotura del vínculo puede servir para precipitar desórdenes físicos o psiquiátricos en personas que, de otra manera, no los hubieran desarrollado (Bloom y otros, 1978).

Una vez producido el divorcio, ¿cuáles son sus efectos sobre los hijos?. ¿Hay una respuesta típica del niño frente al estrés que el divorcio produce?. ¿En qué condiciones se produjo el divorcio?. Durante las etapas previas a la separación ¿hubo entre los cónyuges abierta hostilidad y agresión? ¿En qué tipo de matrimonio se consumó el divorcio y qué clase de prácticas de crianza y esquemas disciplinarios eran los usuales?. ¿Puede pensarse en efectos diferenciales del divorcio sobre el sexo de los niños? Durante todo el proceso previo ¿se observaron alguna clase

* Tres millones de personas se vieron directamente envueltas en procesos de divorcio en EU en 1976, de los cuales 1.077.000 se concretaron, con un promedio de 1.08 hijos por divorcio. Eso significa que más de 2 millones de adultos y más de un millón de niños (el 1.5% de la población total de ese país) resultaron afectados en ese año por el cambio de condición civil (Bloom y otros, 1978).

de alianzas de los hijos con uno u otro progenitor? Antes de la consumación del divorcio ¿hubo sucesivas separaciones y reconciliaciones? ¿Se dio a los hijos la oportunidad de escoger con cuál progenitor continuarían viviendo y de qué modo la opción seleccionada pudo afectar su relación con el otro progenitor? Son algunas de las preguntas que deben formularse cuando se trata de examinar los efectos que el divorcio tiene sobre los hijos. Pero la primera pregunta debe ser ¿por qué algunos matrimonios terminan en divorcio y otros no?.

LAS DEBILIDADES DEL MATRIMONIO

En la generalidad de los casos el matrimonio siempre comienza como una fuente primaria de satisfacción personal. Pero muchas veces termina como fuente de frustración, desilusión y descontento. El paso desde lo uno a lo otro supone la aparición en la pareja de numerosos cambios, algunos de los cuales no resultan fácilmente manejables. Si la pareja tiene hijos, la familia debe prolongarse después de la rotura del vínculo, y ello supone la instalación de un hogar nuevo con un solo progenitor, supone también mudarse a vivir con los parientes o enviar a los niños a vivir en otra parte. En algunos casos la estructura familiar resultante puede cambiar de nuevo. El progenitor a cuyo cargo están los hijos puede volver a casarse o los hijos pueden ser repartidos entre ambos progenitores.

En todo caso, los posibles resultados de un matrimonio pueden variar desde la estabilidad hasta la cancelación definitiva del mismo. En el medio se hallan aquellos casos de persistencia a pesar del descontento y otros en los cuales la calidad de la relación declina para luego mejorar. Cuando se trata de explicar por qué algunos matrimonios son muy estables mientras otros terminan en divorcio, las consideraciones han incluido macrovariables, como las normas culturales, y microvariables como el número de declaraciones negativas que los cónyuges hacen durante una interacción. Los análisis suelen repartirse a lo largo de perspectivas teóricas distintas, entre las cuales se mencionan la teoría del intercambio social (Levinger, 1976), las teorías conductuales (Newcomb y Bentler, 1980), la teoría del apego (Bowlby, 1969) y la teoría de la crisis (Hill, 1949).

Para la teoría del intercambio social, el éxito o el fracaso en la unión matrimonial dependerá: a) de todos aquellos aspectos atractivos de la relación cuya naturaleza sea específicamente reforzadora (seguridad emocional, satisfacción sexual, estatus social); b) de las barreras que se opongan al cese de la relación (impedimentos religiosos, sociales o financieros); y c) de la presencia de otras alternativas preferenciales fuera de la relación (otro compañero o compañera que sugiera la cancelación del vínculo actual). De esta manera un matrimonio puede terminarse cuando los atractivos del nexo son escasos, cuando las barreras que se oponen a su cancelación son débiles, o cuando las opciones alternas disponibles son genuinamente interesantes...

Siguiendo este modelo, Lewis y Spanier (1982) crearon una tipología en la cual la satisfacción y la estabilidad son concebidas como dimensiones ortogonales en los resultados de la relación. Los matrimonios pueden ser, entonces, satisfactorios y estables, satisfactorios e inestables, insatisfactorios y estables o insatisfactorios e inestables. En la tipología, la posición de las parejas en cada cuadrante específico sería explicada por los distintos conceptos de la teoría del intercambio. Una pareja insatisfecha-estable, por ejemplo, sería aquella en la cual los atractivos de la relación son escasos y las barreras opuestas a su terminación prohibitivas.

Es necesario destacar que el esquema teórico del intercambio ciertamente describe cómo los matrimonios pueden ser estables o no, pero nada nos dice acerca de cómo se producen los cambios, o porqué un matrimonio satisfactorio y estable se convierte en insatisfactorio e inestable con el tiempo.

Las explicaciones conductuales sobre el matrimonio (igual que las ofrecidas por la teoría del intercambio) están enraizadas en el trabajo de Thibaut y Kelly (1959), y su énfasis esencial está puesto en el intercambio de trazos conductuales específicos entre los miembros de la pareja, especialmente durante discusiones para solucionar problemas o resolver disputas, siempre sobre la base de que las conductas positivas incrementan la apreciación global del matrimonio, mientras que las conductas negativas la reducen (Markman, 1981).

Este esquema ha sido expandido hasta incluir las atribuciones que hacen los cónyuges sobre las conductas de su compañero, asumiendo que la respuesta cognitiva también afecta la relación matrimonial al influir en conductas de interacción posteriores (Bradbury y Fincham, 1992). Para la pareja satisfecha, cada interacción positiva justifica la búsqueda de más satisfacción, lo cual hace más probable la ocurrencia de sucesivas interacciones satisfactorias. La pareja insatisfecha, que mantiene una relación no recompensante, cada vez tiene mayor dificultad para lidiar con los conflictos. La acumulación de fricciones ocurridas durante y después de algunas interacciones negativas, gradualmente influyen las percepciones posteriores del cónyuge acerca de la calidad del vínculo matrimonial, desencadenando patrones de interacción marital destructivos que, de modo inadvertido, erosionan fuertemente los aspectos positivos de la relación.

La teoría del apego (Bowlby, 1969) ha sido utilizada por Hazan y Shaver (1987) para explicar las relaciones adultas, bajo el argumento de que las relaciones próximas entre adultos reflejan formas de apego perdurables que han sido desarrolladas durante la infancia y la niñez temprana. Si bien es cierto esta posición asume que las experiencias individuales tempranas de algún modo dan forma a la naturaleza y desarrollo del tipo de relaciones presentes durante la vida adulta, nada nos dice acerca de cómo las historias personales de cada cónyuge producen los niveles de variabilidad observables durante el matrimonio. La teoría admite que el vínculo matrimonial puede ser satisfactorio siempre y cuando cada miembro de la relación satisfaga las necesidades del otro a medida que surgen. Pero no explica de qué modo las diferencias en la historia personal individual afectan la calidad del matrimonio desde el principio al final, ni tampoco nos dice cuáles son las variables que determinan su éxito o su fracaso (Hazan y Shaver, 1994).

Finalmente, la teoría de la crisis es una derivación de los esfuerzos explicativos de Hill (1949) sobre la reacción de las familias frente a la ocurrencia de situaciones estresantes. Conforme a su modelo **ABCX**, las complicaciones surgidas (**A**) requieren de la familia ciertos estilos de adaptación; se asume, además, que la familia dispone de niveles variables de recursos concretos (**B**) para enfrentar sus problemáticas y puede, para aligerar su impacto, lograr caracterizaciones distintas de las mismas (**C**). La naturaleza de la crisis (**X**) y la forma como la familia logrará recuperarse, va a depender de si los recursos disponibles son suficientes para enfrentar exitosamente su propia caracterización del evento para salir airosa. La recuperación exitosa supone lograr niveles de adaptación que mantengan la unidad familiar y, al mismo tiempo, incrementen el crecimiento y desarrollo de todo el sistema y de sus miembros.

Una vez trasladada a la explicación de las relaciones matrimoniales, la asunción básica de la teoría es que la declinación en los niveles de satisfacción marital y la ocurrencia de separaciones o divorcios son el resultado del fracaso de la familia para recuperarse de las crisis. El énfasis fundamental es puesto, así, en los efectos directos de los eventos externos sobre los procesos intracónyuges (caracterizaciones del evento) e intercónyuges (niveles de adaptación).

Se supone que las parejas sometidas a situaciones cada vez más estresantes deben ser más vulnerables ante crisis de la relación matrimonial; y que los efectos de las mismas pudieran resultar moderados tanto por la clase de recursos disponibles como por las caracterizaciones (en realidad cogniciones) particularizadas que se hagan del evento. Cuando la pareja no puede

adaptarse adecuadamente a la crisis o a sus consecuencias, debe producirse una declinación en los niveles de satisfacción y estabilidad del matrimonio, y ello puede precipitar la rotura del vínculo.

EFFECTOS SOBRE LOS HIJOS

A partir de los años 50 se han producido numerosos estudios que revelan una asociación causal entre la ausencia de un progenitor (generalmente el padre) y conductas infantiles derivadas como delincuencia, fracaso escolar, actitudes sexuales inapropiadas y otra clase de patologías (Shinn, 1978; Bowlby, 1973; Cummings, 1987; Rutter, 1985; Weiss, 1975). En los estudios iniciales a menudo no se especificaba si la ausencia era total o parcial, si era permanente o si era debida a divorcio, separación o muerte. Y las familias en las cuales los análisis se realizaban no eran consideradas como una forma de familia transicional, sino más bien como una suerte de desviación del patrón típico (la familia intacta) constituida por dos progenitores y su prole.

Muy a pesar de lo inconclusivo de tales estudios y de sus limitaciones metodológicas, fue a partir de ellos que se estructuraron algunos de los factores relevantes que merecieron atención especial en trabajos posteriores: la edad y el sexo del niño, la raza y estatus socioeconómico de la familia, el tipo de relación entre el niño y el progenitor ausente, la relación entre los progenitores antes y después del divorcio y la clase de acuerdos planteados para resolver los asuntos económicos de la familia.

La otra fuente de investigación muy rica y densa sobre niños del divorcio procede del área clínica, que suele describir derivaciones conductuales como rechazo, duelo, depresión, sentimientos de culpa, pérdida de la autoestima, vergüenza, inmadurez, rabia y otras secuelas psicológicas importantes (Gardner, 1976). También en este tipo de estudios pueden observarse fallas metodológicas significativas como muestras muy pequeñas y selectivas, con problemas muy serios conectados a la confiabilidad y validez de los instrumentos de medida empleados, lo cual hace prácticamente imposible tanto la replicación como la comparación entre los distintos estudios. Es seguro que los niños que llegan a la clínica privada son los más severamente afectados por el divorcio, y los hallazgos con ese tipo de muestras no son fácilmente generalizables a la población en general.

De todos modos, el divorcio de los padres suele ser experiencia muy común para muchos niños en el mundo de hoy. Y aun cuando podamos admitir que el divorcio, en muchos casos, puede ser la mejor solución para terminar con una relación familiar destructiva, casi siempre la separación de sus padres constituye una experiencia dolorosa para el niño, generadora de complicaciones emocionales diversas, desajustes y considerable estrés*. El impacto de los cambios producidos por la separación no solamente afecta el esquema íntimo de relaciones dentro de la familia sino que también produce importantes alteraciones y dificultades en el área interpersonal (Hetherington y otros, 1979).

En Emery (1982) está bien documentada la relación entre conflicto parental y sus consecuencias sobre la conducta infantil. Necesariamente tiene que entenderse que los conflictos de esta clase aparecen siempre con variaciones en intensidad, frecuencia y contenido, y que su resolución siempre supone dosis diferentes de estrés para los hijos. La intensidad de los conflictos entre los padres puede variar entre una discusión más o menos calmada y la agresión física

* Algunos estudios en los cuales el estatus socioeconómico de la familia ha sido adecuadamente controlado ponen en duda la creencia de que el divorcio es desastroso para el niño. Las diferencias que se han hallado entre niños procedentes de hogares con un solo progenitor y niños de hogares con dos progenitores, pero de estatus socioeconómico equivalente, han sido muy pequeñas y hasta inexistentes en cuestiones como rendimiento escolar, niveles de ajuste social y conducta delictiva (véase Thomas, 1968, por ejemplo).

abierta. Pudiera asumirse que la exposición de los niños a conflictos de baja intensidad no está relacionada con problemas de naturaleza grave, mientras que los conflictos interparentales que suponen franca hostilidad y agresión física sí conducen a serios desajustes conductuales.

Por otra parte, cuando los conflictos son muy frecuentes es más probable la generación de desajustes en el niño y suelen evidenciarse en él un mayor número de problemas de conducta. A medida que se incrementa la exposición del niño a las distintas variedades de conflicto interparental también aumentan sus efectos negativos, que pueden variar desde bajas en su competencia social y cognitiva hasta descensos notables en sus niveles de rendimiento y ajuste escolar, pasando por índices de mayor agresión y depresión (Long y otros, 1988).

El contenido de los conflictos que surgen a menudo entre los padres pueden producir consecuencias desastrosas aun en niños de dos años, que ya parecen ser muy sensibles a ese contenido. Y muy especialmente cuando la causa del conflicto es el niño mismo. En este sentido es bueno destacar que una causa primaria de conflicto entre los padres suelen ser los desacuerdos en relación a las prácticas de crianza, cuestiones que, además de producir esquemas disciplinarios muy inconsistentes, también genera una gran variedad de problemas conductuales en los hijos.

Los estilos de resolución de los conflictos parentales pueden actuar como moderadores del impacto sobre los niños. Una resolución exitosa del conflicto puede ayudar al niño a la generación de modelos eficientes de solución de problemas; pero si el conflicto no logra una salida adecuada, lo normal es que aparezcan muchos episodios posteriores generadores de tensión y la situación del niño se complique...

Frente a la pregunta "¿qué pasa con mis padres?" hay dos formas disponibles para el niño acercarse a la búsqueda de respuestas que pudieran resultar satisfactorias y que son denominadas procesamiento primario y procesamiento secundario (Bradbury y Fincham, 1987). Durante el procesamiento primario el niño deriva del conflicto información relevante sobre sus aspectos negativos, sus características amenazadoras y su significado personal. La mayoría de los niños experimentan miedo frente a las disputas de los padres y asumen que de ellas pueden derivarse daños potenciales para sí o para los otros, muy particularmente si el conflicto entre la pareja tiene caracterizaciones violentas. Y probablemente la primera consecuencia sea una notable degeneración en el esquema de relaciones padrehijo, particularmente al asumir el niño que el resultado puede ser la disolución del matrimonio.

De acuerdo con Cummings (1987) el procesamiento primario está influenciado por los niveles de desarrollo cognitivo alcanzados por el niño: en la edad preescolar suele evidenciarse una concienciación más aguda de los conflictos parentales y parece ser mayor la capacidad del niño para asumir la calidad de las disputas y discernir con mayor propiedad su condición benigna o amenazante. A estas alturas el niño o la niña resultan más sensibles frente al estilo de resolución de los conflictos parentales y se hacen mucho más conscientes de los riesgos potenciales que la amenaza implica.

Cuando el niño puede decidir que el conflicto no es del todo negativo, o que no es importante, su reacción emocional frente al mismo disminuye y ello puede conducir a una minimización de sus efectos. Pero si hay el reconocimiento de que el conflicto es negativo, amenazante y muy significativo, entonces lo normal es que se pase a la expresión muy activa de conductas inadecuadas, seguramente producidas por el hecho de que los niños a esta edad no poseen las capacidades cognitivas que los haga plenamente aptos para ejecutar un procesamiento decantado de la situación conflictiva.

El paso al procesamiento secundario sugiere que el niño deberá extraer más información sobre la situación y sobre los diferentes eventos que la caracterizan haciendo un mayor esfuerzo para

comprender y enfrentar el conflicto. El niño tratará de descubrir el por qué de las ocurrencias hogareñas que presencia, al mismo tiempo que intentará hallar un responsable de las mismas, y se afanará en determinar hasta qué punto puede o no enfrentar sus efectos. La noción básica en este procesamiento deberá ser el **afecto**, que será definitivo tanto en la evaluación del conflicto por el niño como en la toma de decisiones que guiarán las conductas posteriores (Cummings y Cummings, 1988). La observación de conflictos entre los padres debe producir cierta dosis de afecto negativo entre los niños y ello debe modificar el tipo de respuesta emocional ante los eventos actuales y preparar al niño para responder frente a los eventos futuros.

LA RESPUESTA DEL NIÑO

Ante la amenaza de disolución del matrimonio, en el niño deben producirse alguna clase de procesos adaptativos similares a los que surgen frente al maltrato sexual o físico y el abandono. El niño que construye atribuciones causales viéndose a sí mismo como causa del conflicto, seguramente va a experimentar más estrés que el niño que atribuye el conflicto a uno de los padres o a causas foráneas. Las atribuciones sobre causas estables ("mis padres no se quieren") deben empeorar la situación del niño mucho más que las atribuciones hechas sobre causas inestables y más específicas ("mi mamá está de mal humor"), precisamente porque, en el primer caso, se asume la posibilidad de que el evento se produzca de nuevo en el futuro.

Una vez identificada la causa del conflicto deberán producirse atribuciones de responsabilidad de alto contenido emocional. Si el niño asume que la responsabilidad por el conflicto es suya, seguramente va a sentirse avergonzado y culpable y ello debe incidir en su autoestima. Si asume que uno de los padres es el responsable deberán producirse sentimientos de rabia que van a colidir con los sentimientos positivos del niño hacia su progenitor (Miller y Aloise, 1989). Y la tarea de resolver adecuadamente los efectos de semejante situación resultará especialmente difícil si el niño se halla en una etapa de pensamiento egocéntrico, cuando todavía no puede comprender que tal ambivalencia es posible.

La respuesta del niño ante el conflicto interparental suele estar influida por sus creencias y expectativas en relación con la eficiencia de los mecanismos disponibles para enfrentar la situación (Compas, 1987). Las estrategias normalmente empleadas por el niño han sido consideradas como resguardos importantes para disminuir el impacto de la situación y clasificadas en dos variedades: las estrategias centradas en el problema y las centradas en la respuesta emocional.

Las estrategias del primer tipo representan intentos que el niño hace para alterar la situación, interviniendo directamente en el conflicto parental. Las del segundo tipo no intentan cambiar la situación y más bien están dirigidas a regular la respuesta emocional; generalmente se producen cuando el niño descubre que la intervención directa no tiene éxito (Emery, 1989).

En el camino hacia la búsqueda de una estrategia efectiva el niño suele seguir un proceso de tres etapas (Bowlby, 1973) que se inicia con perturbaciones agudas, sigue con apatía o depresión y luego una pérdida de interés en los padres. Sea cual fuere el resultado de los intentos del niño y dependiendo de su nivel de madurez cognitiva, lo más probable es que el empleo de una estrategia equivocada produzca en él la sensación de ineptitud para lidiar con situaciones semejantes en el futuro inmediato. Pero si la estrategia tiene éxito, es muy seguro que sea mantenida como alternativa funcional, aun cuando desde el punto de vista de la familia la misma represente una verdadera desadaptación conductual.

Los mecanismos mediante los cuales los desajustes presentes en la pareja afectan a los hijos tienen la forma de esquemáticas teóricas según las cuales el conflicto, y no la separación, es

el responsable de serios efectos patogénicos a largo plazo, muy especialmente cuando la situación conflictiva es prolongada y asume condiciones de hostilidad muy definida en la pareja. Según la literatura especializada, (Rutter, 1970; Emery, 1982; Bowlby, 1973) algunas características asignables a los niños que soportan conflictos maritales pueden reducirse a las siguientes:

- a) la consecuencia conductual más notable en el niño es la pérdida del control;
- b) las respuestas conductuales suelen ser más agudas en los varones que en las hembras y la explicación que se ofrece es que, ante una situación estresante, los varones responden con agresión, mientras las hembras suelen inhibir su respuesta (Grych y Fincham, 1990);
- c) la edad del niño modifica el tipo de reacción afectiva y conductual que se produce ante el conflicto;
- d) una buena relación al menos con uno de los progenitores parece atenuar parcialmente los efectos negativos del conflicto;
- e) los niños que viven en familias donde uno de los padres sufre de perturbaciones psicológicas enfrentan un mayor riesgo de problemas conductuales;
- f) las separaciones que se producen antes de los cinco años suelen producir los peores efectos;
- g) siendo la madre la fuente de apego primaria para el niño, la separación de la figura materna se considera la más perjudicial.

PARA EVITAR HACER DAÑO

A nivel de prevención parece haber común acuerdo en una serie de 'recetas' que pudieran ayudar a minimizar los efectos desastrosos de los conflictos conyugales, pero siempre teniendo en cuenta que a veces el divorcio representa una salida menos dañina que el permanente conflicto parental, sobre todo en hogares donde la relación de la pareja definitivamente se ha hecho intolerable. Para comenzar, cada progenitor debe estar consciente de que sus disputas con el compañero tiene efectos negativos sobre los hijos y debe prepararse para buscar ayuda especializada cuando la crisis se agudice. En segundo lugar, hay que intentar mantener las disputas parentales lejos de los niños, especialmente si se ha escogido como norma resolver las desavenencias conyugales a gritos y empujones. En tercer lugar, los padres deben tratar de coincidir por lo menos en el manejo de los procesos disciplinarios, ya que la inconsistencia en este aspecto ha sido reconocida como causa de agresividad, delincuencia juvenil y otros serios trastornos conductuales en los hijos (Patterson, 1986).

Los progenitores deben también esforzarse en mantener su relación individual con cada niño en las mejores condiciones, pues se asume que de este modo el efecto del conflicto puede ser minimizado. Se entiende que la calidad de la relación entre los padres y el niño es un elemento definidor del clima emocional en la familia, capaz de moderar el impacto de distintas situaciones estresantes, incluyendo el conflicto marital. Y, finalmente, no debe perderse de vista la existencia de una fuerte asociación entre ausencia del padre y desarrollo cognitivo infantil desmejorado (Shinn, 1978).

Debe quedar muy claro que el divorcio no solamente interrumpe la relación entre los padres sino que también modifica los nexos afectivos entre hijos y progenitores. Luego de la separación, tanto los conceptos del papel del padre y de la madre como el de la permanencia de la relación deben ser revisados y sus representaciones internas reordenadas. Para los niños muy pequeños la noción misma de divorcio no es muy clara y debe producir altos niveles de inconsistencia afectiva y social. Enfrentar la pérdida y prepararse a ordenar una nueva percepción de la vida familiar exige del niño mucho tiempo, además de que supone una gran demanda de energía emocional. Y dependiendo de los niveles reales de cooperación presentes entre ambos adultos y

del grado de apoyo que quieran ofrecerse como padres luego de la quiebra del vínculo, las consecuencias serán de menor o mayor desequilibrio emocional. Los efectos de tal desequilibrio sobre las relaciones sociales, las transacciones académicas, los índices de estrés y de agresión en los hijos variarán enormemente.

La rabia que generalmente desata el divorcio puede forzar al niño a asumir alternativas realmente dolorosas, como el retiro de su afecto hacia ambos o uno de los padres; o puede moverlo a tomar partido por uno de los dos. Si la separación produce altos niveles de discordia parental, el estrés y la confusión subsiguientes inhibirá en el niño la posibilidad de organizar sus percepciones y ajustarlas convenientemente a la nueva realidad social. Cuando a pesar del rompimiento se mantiene una relación afectivamente cálida con cada uno de los hijos y logra evitarse que el conflicto los envuelva, seguramente habrá incrementos en la confianza de los niños, se reducirá la preocupación derivada y la energía podrá entonces concentrarse en el cumplimiento de sus responsabilidades sociales y escolares.

Hace falta más investigación dirigida al impacto del divorcio sobre aspectos cognitivos y afectivos específicos. En realidad y con relación a las consecuencias del divorcio, las interrogantes que pueden plantearse van desde los niveles de interacción social observables en los niños hasta los cambios ocurridos en el ejercicio de habilidades de naturaleza académica como la lectura, la escritura y el aprendizaje en general, pasando por aspectos conductuales (agresividad, por ejemplo) y los niveles de ajuste psicológico.

Los cambios que ocurren luego del divorcio en la estructura familiar y los modos como son establecidas las nuevas relaciones que suelen aparecer, también debieran ser examinados. El enfoque debiera dirigirse especialmente hacia los esquemas de autoridad, autonomía, competencia social y ajuste psicológico que surgen cuando la madre o el padre asumen la custodia de los hijos.

REFERENCIAS

- Bernard, J. (1972). *The future of marriage*. New York: World.
- Bloom, B. L., Asher, S. J. y White, S. W. (1978). Marital disruption as an stressor: A review and analysis. *Psychological Bulletin*, 85 (4): 867-894.
- Bowlby, L. (1969). *Attachment and loss*. Volume I. Attachment. New York: Basic Books.
- Bowlby, L. (1973). *Attachment and loss*. Volume II. Separation. New York: Basic Books.
- Bradbury, T.N. y Fincham, M.D. (1987). Affect and cognition in close relationships: Towards an integrative model. *Cognition and Emotion*, 1: 59-87.
- Bradbury, T.N. y Fincham, M.D. (1992). Attributions and behavior in marital interaction. *J. of Pers. And Social Psych.*, 63: 613-628.
- Compas, B. E. (1987). Coping with stress during childhood and adolescence. *Psych. Bull.*, 101: 393-403.
- Crago, M.A. (1972). Psychopathology in married couples. *Psych. Bull.*, 77: 114-128.
- Cummings, E.M. (1987). Coping with background anger in early childhood. *Child development*, 58: 976-984.
- Cummings, E.M. y Cummings, J.S. (1988). A process-oriented approach to children's coping with adults' angry behavior. *Development Review*, 8: 296-321.
- Emery, R.E. (1982). Interparental conflict and the children of discord and divorce. *Psychological Bulletin*, 92: 310-330.
- Emery, R.E. (1989). Family violence. *American Psych.*, 44: 321-328.
- Gardner, R.A. (1976). *Psychotherapy with children of divorce*. New York: Jason Aronson, Inc.
- Grych, J. H. y Fincham, F.D. (1990). Marital conflict and children's adjustment: A cognitive contextual framework. *Psychological Bulletin*, 108, 2: 267-290.
- Hazan, C. y Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Pers. And S. Psych.*, 52: 511-524.
- Hazan, C. y Shaver, P. (1994). Attachment as an organizational framework for research on close relationships. *Psychological Inquiry*, 5: 1-22.

- Hetherington, E.M., Cox, M. y Cox, R. (1979). Play and social interaction in children following divorce. *Journal of Social Issues*, 35, 4: 26-49.
- Hill, R. (1949). *Families under stress*. New York: Harper.
- Levinger, G. (1976). A social psychological perspective on marital dissolution. *Journal of Social Issues*, 32: 21-47.
- Lewis, R.A. y Spanier G.B. (1982). Marital quality, marital stability, and social exchange. En F.I. Nye (Ed.) *Family relationships: Rewards and costs*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Long, N., Slater, E., Forehand, R. (1988). Continued high or reduced inter-parental conflict following divorce: Relation to young adolescent adjustment. *J. of Cons. and Clinical Psych.*, 56: 467-469.
- Markman, H. J. (1981). Prediction of marital distress:A 5year follow-up. *Journal of Cons. and Clinical Psychology*, 49: 760-762.
- Miller, P.H. y Aloise, P.A. (1989). Young children's understanding of the psychological causes of behavior: A review. *Child Development*, 60: 257-285.
- Patterson, G. R. (1986). Performance models for antisocial boys. *American Psychologist*, 41: 432-444.
- Rutter, M. (1970). Sex differences in response to family stress. En Anthony & Koupernik (Eds.), *The child in his family*. New York: Wiley.
- Rutter, M. (1985). Resilience in the face of adversity. *British J. of Psych.* 147: 598-611.
- Shinn, M. (1978). Father absence and children's cognitive development. *Psych. Bull.*, 85, 2: 295-324.
- Thibaut, J.W. y Kelley, H.H. (1959). *The social psychology of groups*. New York: Willey.
- Weiss, R.S. (1975). *Marital separation*. New York: Basic Books.
- Weiss, R.S. (1976). The emotional impact of marital separation, *Journal of Social Issues*, 32: 135-145.